

La vida de los siringueros

La vida de los siringueros en la selva era una lucha constante contra la soledad y angustias. De los casi mil siringueros japoneses que migraron y trabajaron en la zona noroeste de Bolivia durante la época dorada del caucho, sólo un puñado logró retornar a su país.

Debido a la plantación masiva de árboles caucheros en el sudeste asiático que comenzó en 1914 y al término de la Primera Guerra Mundial en 1918, el auge del caucho amazónico sufrió un declive considerable y los siringueros japoneses se dispersaron dentro y fuera de Bolivia.



Ahumado del caucho

(Foto: Nuevos Horizontes, El Diario)

Extracto del diario de Yoei Arakaki, quien trabajó como siringuero en el departamento de Pando, al enterarse de la muerte de su primo quien trabajaba en Perú (1919)

Querido primo Hideki: No sirvió de nada que te escapes de las dificultades de la vida y tomes la firme decisión de cruzar miles de millas de ruta marítima para mantener a tu familia, esposa e hijos que quedaron en la pobreza, a quienes hasta ahora no pudiste enviar ni una sola moneda, pues te me moriste en un país extraño... Ay! No hace falta decir que es inconmensurable la pena que sienten tus padres, esposa e hijos en tu tierra natal...



Extracción de latex

La vida de los siringueros

Los artículos de primera necesidad para los siringueros consistían en un machete, rifle con balas, latas para almacenar látex, balde, conservas, sal, azúcar y tabaco, con los que ingresaban a una zona específica de la selva señalada por la empresa de caucho.

La primera tarea era construir una choza de descanso. Los pilares eran de tallos de palmera, el techo era cubierto por sus hojas y las paredes eran cubiertas con chuchio (parecida a la caña). Su cama era de madera y tenían un horno de barro.

El trabajo de recolección consistía en dejar cortes pequeños en el árbol de caucho y colocar la lata atada debajo por cierto tiempo. El látex recolectado era vertido sobre un leño, el cual se solidificaba al contacto con el humo del horno para crear una esfera de un tamaño determinado y ser entregado a la compañía.

Cada semana o cada diez días llegaba el recolector, quien recogía las esferas de caucho y al mismo tiempo vendía víveres y cigarros a los siringueros.

Los siringueros descansaban durante la época de lluvia en pueblos cercanos, debido a que el látex no servía para producir el caucho si este se mojaba.

Canción escrita por siringueros japoneses en 1918

Uno. Entré profundamente a esta Bolivia temida por los hombres, para dedicar mi vida a mi patria.

Dos. En las entrañas de las montañas, donde no llegan ni las palabras, recorro el bosque cauchero despidiendo y recibiendo las estrellas de cada día.

Tres. Si pienso que es por mi patria, incluso si los cadáveres se esfumasen, será con la sensación de honor de haber muerto en el campo de batalla.

Cuatro. Al despertar en la noche, el viento trae consigo el chillido de los monos y el rugir de los tigres.

Cinco. Si me vieran en este momento, armado con cuchillo y escopeta, más espantoso que un demonio Shura.

Seis. No es el destino de la fatalidad, el corazón se impacienta desesperadamente, tan cierto como el pasar de los meses y los días.

Siete. Es indispensable el patriotismo, incluso en los sueños un solo corazón, nunca me olvides amigo mío.

Ocho. Pronto será el momento de regresar a casa, haciendo un cuento de los viejos tiempos y el ahora.

Nueve. A este país tan cambiante, le agradezco su inalterable desprendimiento, tan puro y noble como la luna.

Diez. Pase lo que pase, el hogar está donde lo construye, así sea en un país extranjero de la lejana Sudamérica, oportunamente un solo corazón.